

# ANTONIO MACHADO

## Galerías

- LXI Introducción
  - LXII "Desgarrada la nube; el arco iris"
  - LXIII "Y era el demonio de mi sueño el ángel"
  - LXIV "Desde el umbral de un sueño me llamaron"
  - LXV Sueño infantil
  - LXVI "Y esos niños en hilera"
  - LXVII "Si yo fuera un poeta"
  - LXVIII "Llamó a mi corazón, un claro día"
  - LXIX "Hoy buscarás en vano"
  - LXX "Y nada importa ya que el vino de oro"
  - LXXI "Tocados de otros días"
  - LXXII "La casa tan querida"
  - LXXIII "Ante el pálido lienzo de la tarde"
  - LXXIV "Tarde tranquila, casi"
  - LXXV "Yo, como Anacreonte!"
  - LXXVI "¡Oh, tarde luminosa!"
  - LXXVII "Es una tarde cenicienta y mustia"
  - LXXVIII "¿Y ha de morir contigo el mundo mago?"
  - LXXIX "Desnuda está la tierra"
  - LXXX Campo
  - LXXXI A un viejo y distinguido señor
  - LXXXII Los sueños
  - LXXXIII "Guitarra del mesón que hoy sueñas jota"
  - LXXXIV "El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma"
  - LXXXV "La primavera besaba"
  - LXXXVI "Eran ayer mis dolores"
  - LXXXVII Renacimiento
  - LXXXVIII "Tal vez la mano, en sueños"
  - LXXXIX "Y podrás conocerte, recordando"
  - XC "Los árboles conservan"
  - XCI "Húmedo está, bajo el laurel, el banco"
-

## GALERÍAS

LXI

### (INTRODUCCIÓN)

Leyendo un claro día  
mis bien amados versos,  
he visto en el profundo  
espejo de mis sueños

que una verdad divina  
temblando está de miedo,  
y es una flor que quiere  
echar su aroma al viento.

El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma, en turbio  
y mago sol envuelto.

En esas galerías,  
sin fondo, del recuerdo,  
donde las pobres gentes  
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta  
apolillado y viejo,  
allí el poeta sabe  
el laborar eterno  
mirar de las doradas  
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma  
atenta al hondo cielo,  
en la cruel batalla  
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos  
con los dolores viejos,  
la veste blanca y pura  
pacientemente hacemos,  
y bajo el sol bruñimos  
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,  
el enemigo espejo,  
proyecta nuestra imagen  
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola

de sangre, en nuestro pecho,  
que pasa... y sonreímos,  
y a laborar volvemos.

## LXII

Desgarrada la nube; el arco iris  
brillando ya en el cielo,  
y en un fanal de lluvia  
y sol en el campo envuelto.

Desperté. ¿Quién enturbia  
los mágicos cristales de mi sueño?  
Mi corazón latía  
atónito y disperso.

...¡El limonar florido,  
el cipresal del huerto,  
el prado verde, el sol, el agua, el iris...,  
el agua en tus cabellos!...

Y todo en la memoria se perdía  
como una pompa de jabón al viento.

## LXIII

Y era el demonio de mi sueño, el ángel  
más hermoso. Brillaban  
como aceros los ojos victoriosos,  
y las sangrientas llamas  
de su antorcha alumbraron  
la honda cripta del alma.

— ¿Vendrás conmigo? —No, jamás; las tumbas  
y los muertos me espantan.  
Pero la férrea mano  
mi diestra atenazaba.

—Vendrás conmigo... Y avancé en mi sueño  
cegado por la roja luminaria.  
Y en la cripta sentí sonar cadenas,  
y rebullir de fieras enjauladas.

## LXIV

Desde el umbral de un sueño me llamaron...  
Era la buena voz, la voz querida.

—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...  
Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño  
por una larga, escueta galería,  
sintiendo el roce de la veste pura  
y el palpitar suave de la mano amiga.

## LXV

### (SUEÑO INFANTIL)

Una clara noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría

—era luz de mi alma,  
que hoy es bruma toda,  
no eran mis cabellos  
negros todavía—,

el hada más joven  
me llevó en sus brazos  
a la alegre fiesta  
que en la plaza ardía.

So el chisporroteo  
de las luminarias,  
amor sus madejas  
de danzas tejía.

Y en aquella noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría,

el hada más joven  
besaba mi frente...,  
con su linda mano  
su adiós me decía...

Todos los rosales  
daban sus aromas,  
todos los amores  
amor entreabría.

## LXVI

¡Y esos niños en hilera,  
llevando el sol de la tarde  
en sus velitas de cera!...

¡De amarilla calabaza,  
en el azul, cómo sube  
la luna, sobre la plaza!

Duro ceño.  
Pirata, rubio africano,  
barbitaheño.

Lleva un alfanje en la mano.  
Estas figuras del sueño...

Donde las niñas cantan en corro,  
en los jardines del limonar,  
sobre la fuente, negro abejorro  
pasa volando, zumba al volar.

Se oyó un bronco gruñir de abuelo  
entre las claras voces sonar,  
superflua nota de violoncelo  
en los jardines del limonar.

Entre las cuatro blancas paredes,  
cuando una mano cerró el balcón,  
por los salones de sal-si-puedes  
suena el rebato de su bordón.

Muda en el techo, quieta, ¿dormida?  
la negra nota de angustia está,  
y en la pradera verdiflorada  
de un sueño niño volando va...

## LXVII

Si yo fuera un poeta  
galante cantarí  
a vuestros ojos un cantar tan puro  
como en el mármol blanco el agua limpia.

Y en una estrofa de agua  
todo el cantar sería:

"Ya sé que no responden a mis ojos,  
que ven y no preguntan cuando miran,  
los vuestros claros, vuestros ojos tienen  
la buena luz tranquila,  
la buena luz del mundo en flor, que he visto  
desde los brazos de mi madre un día."

## LXVIII

Llamó a mi corazón, un claro día,  
con un perfume de jazmín, el viento

—A cambio de este aroma,  
todo el aroma de tus rosas quiero.

—No tengo rosas; flores

en mi jardín no hay ya; todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes,  
las hojas amarillas y los mustios pétalos.  
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba  
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

### **LXIX**

Hoy buscarás en vano  
a tu dolor consuelo.  
Lleváronse tus hadas  
el lino de tus sueños.  
Está la fuente muda,  
y está marchito el huerto.  
Hoy sólo quedan lágrimas  
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio!

### **LXX**

Y nada importa ya que el vino de oro  
rebose de tu copa cristalina,  
o el agrio zumo enturbie el puro vaso...

Tú sabes, las secretas galerías  
del alma, los caminos de los sueños,  
y la tarde tranquila  
donde van a morir... Allí te aguardan

las hadas silenciosas de la vida,  
y hacia un jardín de eterna primavera  
te llevarán un día.

### **LXXI**

Tocados de otros días,  
mustios encajes y marchitas sedas;  
salterios arrumbados,  
rincones de las salas polvorientas;

daguerrotipos turbios,  
cartas que amarillean;  
libracos no leídos  
que guardan grises florecitas secas;

romanticismos muertos,  
cursilerías viejas,  
cosas de ayer que sois el alma, y cantos  
y cuentos de la abuela!...

## LXXII

La casa tan querida  
donde habitaba ella,  
sobre un montón de escombros arruinada  
o derruida, enseña  
el negro y carcomido  
mal trabado esqueleto de madera.

La luna está vertiendo  
su clara luz en sueños que platea  
en las ventanas. Mal vestido y triste,  
voy caminando por la calle vieja.

## LXXIII

Ante el pálido lienzo de la tarde,  
la iglesia, con sus torres afiladas  
y el ancho campanario, en cuyos huecos  
voltean suavemente las campanas,  
alta y sombría, surge.

La estrella es una lágrima  
en el azul celeste.  
Bajo la estrella clara,  
flota, vellón disperso,  
una nube quimérica de plata.

## LXXIV

Tarde tranquila, casi  
con placidez de alma,  
para ser joven, para haberlo sido  
cuando Dios quiso, para  
tener algunas alegrías... lejos,  
y poder dulcemente recordarlas.

## LXXV

Yo, como Anacreonte,  
quiero cantar, reír y echar al viento  
las sabias amarguras  
y los graves consejos.

y quiero, sobre todo, emborracharme,  
ya lo sabéis... ¡Grotesco!  
Pura fe en el morir, pobre alegría  
y macabro danzar antes de tiempo.

## LXXVI

¡Oh tarde luminosa!  
El aire está encantado.  
La blanca cigüeña  
dormita volando,

y las golondrinas se cruzan, tendidas  
las alas agudas al viento dorado,  
y en la tarde risueña se alejan  
volando, soñando...

Y hay una que torna como la saeta,  
las alas agudas tendidas al aire sombrío,  
buscando su negro rincón del tejado.

La blanca cigüeña,  
como un garabato,  
tranquila y disforme, ¡tan disparatada!  
sobre el campanario.

## LXXVII

Es una tarde cenicienta y mustia,  
destartalada, como el alma mía;  
y es esta vieja angustia  
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo:  
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

\*

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,  
tú eres nostalgia de la vida buena  
y soledad de corazón sombrío,  
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene  
huella ni olfato y yerra  
por los caminos, sin camino, como  
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío  
y el aire polvoriento y las candelas  
chispeantes, atónito, y asombra  
su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.

## LXXVII

¿Y ha de morir contigo el mundo  
donde guarda el recuerdo  
los hálitos más puros de la vida,  
la blanca sombra del amor primero,

la voz que fue a tu corazón, la mano  
que tú querías retener en sueños,  
y todos los amores  
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,  
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
¿Los yunques y crisoles de tu alma  
trabajan para el polvo y para el viento?

## LXXIC

Desnuda está la tierra,  
y el alma aúlla al horizonte pálido  
como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino  
pesa en el corazón. ¡El viento helado,  
y la noche que llega, y la amargura  
de la distancia!... En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;  
en los montes lejanos  
hay oro y sangre ... El sol murió... ¿Qué buscas  
poeta, en el ocaso?.

## LXXX

### (CAMPO)

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,  
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.

## LXXXI

### (A UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR)

Te he visto, por el parque ceniciento  
que los poetas aman  
para llorar, cómo una noble sombra  
vagar, envuelto en tu levita larga.

El talante cortés, ha tantos años  
compuesto de una fiesta en la antesala,  
¡qué bien tus pobres huesos  
ceremoniosos guardan!

Yo te he visto, aspirando distraído,  
con el aliento que la tierra exhala  
—hoy tibia tarde en que las mustias hojas  
húmedo viento arranca—,

del eucalipto verde  
el frescor de las hojas perfumadas.  
Y te he visto llevar la seca mano  
a la perla que brilla en tu corbata.

## LXXXII

### (LOS SUEÑOS)

El hada más hermosa ha sonreído  
al ver la lumbre de una estrella pálida,  
que en hilo suave, blanco y silencioso  
se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su rueda  
el hilo de los campos se enmaraña.  
Tras la tenue cortina de la alcoba  
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.  
Dos hadas laboriosas lo acompañan,  
hilando de los sueños los sutiles  
copos en ruelas de marfil y plata.

## LXXXIII

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota,  
mañana petenera,  
según quien llega y tañe  
las empolvadas cuerdas,

guitarra del mesón de los caminos,  
no fuiste nunca, ni serás, poeta.

Tú eres alma que dice su armonía  
solitaria a las almas pasajeras...

Y siempre que te escucha el caminante  
sueña escuchar un aire de su tierra.

#### **LXXXIV**

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.  
Luz en sueños. ¿No tiemblas, andante peregrino?  
Pasado el llano verde, en la florida loma,  
acaso está el cercano final de tu camino.

Tú no verás del trigo la espiga sazónada  
y de macizas pomos cargado el manzanar,  
ni de la vid rugosa la uva aurirroada  
ha de exprimir su alegre licor en tu lagar.

Cuando el primer aroma exhalen los jazmines  
y cuando más palpiten las rosas del amor,  
una mañana de oro que alumbre los jardines,  
¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

Campo recién florido y verde, ¡quién pudiera  
soñar aún largo tiempo en estas pequeñas  
corolas azuladas que manchan la pradera,  
y en esas diminutas primeras margaritas!

#### **LXXXV**

La primavera besaba  
suavemente la arboleda,  
y el verde nuevo brotaba  
como una verde humareda.

Las nubes iban pasando  
sobre el campo juvenil...  
Yo vi en las hojas temblando  
las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,  
todo cargado de flor  
—recordé—, yo he maldecido  
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,  
me he parado a meditar...  
¡Juventud nunca vivida  
quién te volviera a soñar!

## LXXXVI

Eran ayer mis dolores  
como gusanos de seda  
que iban labrando capullos;  
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas  
ha sacado blanca cera!  
¡Oh tiempo en que mis pesares  
trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas,  
o cizaña en sementera,  
como tizón en espiga,  
como carcoma en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores  
tenían lágrimas buenas,  
y eran como agua de noria  
que va regando una huerta!  
Hoy son agua de torrente  
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron  
de mi corazón colmena,  
hoy tratan mi corazón  
como a una muralla vieja:  
quieren derribarlo, y pronto,  
al golpe de la piqueta.

## LXXXVII

### (RENACIMIENTO)

Galería del alma... ¡El alma niña!  
Su clara luz risueña;  
y la pequeña historia,  
y la alegría de la vida nueva ...

¡Ah, volver a nacer, y andar camino,  
ya recobrada la perdida senda!

Y volver a sentir en nuestra mano  
aquel latido de la mano buena  
de nuestra madre... Y caminar en sueños  
por amor de la mano que nos lleva.

\*

En nuestras almas todo  
por misteriosa mano se gobierna.  
Incomprensibles, mudas,  
nada sabemos de las almas nuestras.

Las más hondas palabras  
del sabio nos enseñan,  
lo que el silbar del viento cuando sopla,  
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

### **LXXXVIII**

Tal vez la mano, en sueños,  
del sembrador de estrellas,  
hizo sonar la música olvidada

como una nota de la lira inmensa,  
y la ola humilde a nuestros labios vino  
de unas pocas palabras verdaderas.

### **LXXXIX**

Y podrás conocerte, recordando  
del pasado soñar los turbios lienzos,  
en este día triste en que caminas  
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.

### **XC**

Los árboles conservan  
verdes aun las copas,  
pero del verde mustio  
de las marchitas frondas.

El agua de la fuente,  
sobre la piedra tosca  
y de verdín cubierta,  
resbala silenciosa.

Arrastra el viento algunas  
amarillentas hojas.  
¡El viento de la tarde  
sobre la tierra en sombra!

### **XCI**

Húmedo está, bajo el laurel, el banco  
de verdinosa piedra;  
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,  
las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento  
los céspedes undula, y la alameda  
conversa con el viento...  
¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende  
que los racimos de la vid orea,  
y el buen burgués, en su balcón, enciende  
la estoica pipa en que el tabaco humea,

voy recordando versos juveniles...  
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?  
¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,  
huyendo entre los árboles de oro?